



Peregrinación del arciprestazgo Peña de Francia 2013

Queridos hermanos: Os saludo y acojo con cordial afecto fraternal y agradezco el testimonio de vuestra fe viva, que os ha motivado asumir las molestias de un largo viaje. Doy gracias a Dios que nos ha convocado. Hemos venido en peregrinación a la Catedral para confesar juntos, el Obispo y los sacerdotes y fieles del arciprestazgo de la Virgen de la Peña de Francia, la fe en el Señor Jesucristo que nos salva. Vamos a pedir al Señor que nos fortalezca en la fe firme y verdadera, la que obra por el amor, que brota de la comunión con Dios, que procede de la permanencia en la unidad y en el amor con el Padre y con el Hijo, por el don del Espíritu Santo que habita en nosotros. Con esta fe viva y autentica queremos que el Señor nos conceda la gracia de ser testigos creíbles de su Evangelio en medio del mundo.

Necesitamos cuidar nuestra fe y nuestra vida cristiana para que nuestra sal no se vuelva sosa y para que nuestra luz no permanezca oculta. Por ello, en esta celebración vamos a pedir al Señor que nos haga sentir, como a la samaritana, la necesidad de acercarnos al pozo para escuchar a Jesús, que nos invita a creer en él y sacar el agua viva que mana de su fuente. Queremos aprender día a día a alimentarnos de su Palabra y del Pan de la vida, que Jesús ofrece como sustento a todos sus discípulos.

La Palabra de Dios que centra nuestra meditación es como una catequesis postbautismal, que nos ayuda a reavivar nuestra fe en el fruto de nuestro nuevo nacimiento del agua y del Espíritu por el bautismo recibido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En el bautismo ha realizado el Señor para cada uno de nosotros la promesa que hizo un día solemne de fiesta en Jerusalén, con estas palabras: *“El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí;... de sus entrañas manarán ríos de agua viva”* (Jn 7, 37-38). Es el agua viva que había prometido a la Samaritana, agua que quita la sed para siempre, porque *“se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”* (Jn 4, 14). Y el evangelista aclara que Jesús *“dijo esto refiriéndose al Espíritu Santo que habían de recibir los que creyeran en él”* (Jn 7, 39). Jesús es la fuente de donde mana el agua viva; y Jesús es el agua viva, porque él es la vida, que él mismo nos regala con el don de su Espíritu.

Y este Espíritu de Jesús nos conduce a la fe. La fe inicial que lleva a los adultos al bautismo y la fe bautismal que nos hace actuar por el amor como testigos de Jesús es una gracia del Espíritu Santo, pues *“nadie puede decir: Jesús es Señor, sino por el Espíritu Santo”*; por ello, hemos de orar cada día diciendo con confiada humildad: Señor, creo, pero aumenta mi fe. Creer en Jesucristo es la primera “obra” que hemos de hacer; creer, es lo primero que el Hijo enviado del Padre espera y exige de nosotros,



para hacernos participar de la vida en abundancia que él nos regala, una vida tan abundante que es vida eterna. La presencia del Espíritu Santo en nuestros corazones es la fuente de donde brota la vida nueva en Cristo, que lleva a la vida eterna.

El texto de la carta de Pedro nos ha descrito otra imagen semejante de Jesús: es “*la piedra viva*”, que fue desechada por los constructores humanos, pero que Dios ha constituido piedra angular para la construcción del nuevo templo del Espíritu, y en piedra de tropiezo y escándalo. Los que se acercan a Jesucristo con fe y reciben su Espíritu son convertidos piedras vivas y son integrados en la edificación de la Iglesia como Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. Los que no creen, tropiezan y se estrellan contra la roca, y son desechados de la construcción, no por los constructores humanos, sino por el constructor divino.

Las piedras vivas del Templo del Espíritu son miembros vivos del Cuerpo de Cristo y participan de su nuevo sacerdocio. Forman “*un sacerdocio sagrado, para ofrecer a Dios sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo*”; es decir, son los verdaderos adoradores de Dios, que ofrecen el culto en espíritu y en verdad, que Jesús anunció a la samaritana.

El apóstol refiere esta enseñanza a todos los bautizados de entonces y de ahora, y nos la hace sentir como realidad personal y comunitaria, al decirnos: “*Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que os llamó a salir de la tiniebla y entrar en su luz maravillosa*”.

En nosotros ha alcanzado su plena y definitiva realización, por la obra redentora de Cristo, lo que Dios había comenzado con su pueblo de la antigua alianza, al cual había ya prometido en el libro del Éxodo: “*Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa*”(Ex 19, 5). Por ello, el apóstol Pablo escribió a los cristianos de Roma: “*Os exhorto... a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto*” Ro 12, 1-2).

De esta manera podremos proclamar como testigos auténticos las hazañas del que nos llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa, es decir, del que nos llamó a ser con él “*luz del mundo*”. A este propósito, el Evangelio de Mateo nos exhorta: “*Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos*” (Mt 5, 16).

Hoy confesamos que nuestra inserción bautismal por el agua y el Espíritu Santo en él único Cuerpo de Cristo nos ha liberado de nuestros pecados y ha infundido en nuestros corazones la gracia y el amor de Dios, para que podamos amar a los hermanos como Jesús nos ha amado, es decir, con el amor que procede del Padre y nos hace



Carlos López Hernández

capaces de entregar la vida por los hermanos y de servirlos cada día por amor. Por este amor conocerán todos que somos discípulos de Jesús.

Hoy suplicamos que el amor de Cristo sea la fuerza de la misión de cada uno de nosotros dentro de la Iglesia, en el ejercicio de los diversos ministerios, tareas, vocaciones y carismas para el bien común del único Cuerpo. Y que este mismo amor de Cristo nos impulse también a dar testimonio del Evangelio en medio del mundo, con fidelidad, fortaleza, esperanza y siempre con alegría, incluso en las persecuciones y en cualquier circunstancia en la que participamos de la cruz del Señor y compartimos sus sufrimientos. El Señor nos ha asegurado que entonces somos bienaventurados y podemos esperar con alegría y esperanza una gran recompensa en el reino de los cielos (cf. Mt 5, 10-12).